

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El hombre de nieve

—Hace un frío tan delicioso —dijo el muñeco de nieve— que hace que todo mi cuerpo cruja. Este es el tipo de viento que sopla la vida en uno. ¡Cómo me mira fijamente esa gran cosa roja allá arriba! —Se refería al sol, que recién se estaba poniendo.

Tenía dos piedras en la cara en lugar de ojos, y su boca estaba hecha con un viejo rastrillo roto. Había nacido entre los gritos de alegría de los niños y el tintineo de los cascabeles. El sol se puso y la luna llena salió, grande, redonda y clara, brillando en el azul profundo. —Ahí viene de nuevo, del otro lado —dijo el Hombre de Nieve, que pensó que el sol se asomaba una vez más. Luego dijo: "¡Si supiera moverme! Me gustaría mucho moverme. Si pudiera, me deslizaría sobre el hielo, como he visto hacer a los muchachos; pero no sé moverme; ni siquiera sé cómo correr.

—Agua, agua —ladró el viejo perro de jardín. Estaba bastante ronco y no podía pronunciar "Guau, guau" correctamente. Una vez había sido un perro de interior, y se acostaba junto al fuego, y desde entonces había estado ronco—. El sol te hará correr algún día. Lo vi el invierno pasado, vi correr a tu predecesor y a su predecesor antes que él. Agua, agua, todos tienen que irse.

—No te entiendo —dijo el Hombre de Nieve—. ¿Esa cosa en el cielo me enseñará a correr? La vi correr hace un rato, y ahora ha venido arrastrándose desde el otro lado.  
—No sabes nada en absoluto —respondió el perro de patio—. Pero es que te han hecho recientemente. Lo que ves ahora es la luna, y lo anterior era el sol. Volverá mañana, y lo más probable es que entonces te enseñe a correr, creo que el clima va a cambiar. Puedo sentir pinchazos y puñaladas en mi pierna izquierda; estoy seguro de que va a haber un cambio.



—No lo entiendo —se dijo el Hombre de Nieve—. El que estaba mirando esta mañana, a quien él llama sol, no es mi amigo; también puedo sentir eso.

—Agua, agua —ladró el perro de corral, y luego se dio la vuelta y se deslizó en su perrera para dormir.  
Realmente hubo un cambio en el clima. Hacia la mañana, una espesa niebla cubría todo el país, y se levantó viento, de modo que el frío parecía congelar los huesos; pero cuando salió el sol, la vista era espléndida. Los árboles y arbustos estaban cubiertos de escarcha y parecían un bosque de coral blanco, mientras que en cada ramita brillaban gotas de rocío heladas. Y donde brillaba el sol, ¡cómo brillaba y centelleaba todo, como si se hubiera esparcido polvo de diamante! Mientras, la alfombra nevada de la tierra aparecía como si estuviera

cubierta de diamantes, en los que brillaban innumerables luces, más blancas que incluso la nieve misma.

—Esto es realmente hermoso —dijo una niña que había entrado con un niño en el jardín. Se quedaron inmóviles cerca del Hombre de Nieve, contemplando la brillante escena—. El verano no puede mostrar una vista más hermosa —exclamó con ojos brillantes.

—Y no podemos tener un muñeco de nieve así en verano —respondió el niño, señalando al muñeco de nieve—. Es increíble.

La niña se rió y asintió con la cabeza al Hombre de Nieve, y luego se alejó sobre la nieve con su amigo.

—¿Quiénes son estos dos? —preguntó el Hombre de Nieve al perro de jardín—. Has estado aquí más tiempo que yo, ¿los conoces?

—Por supuesto que los conozco —respondió el perro de patio—; ella me ha acariciado la espalda muchas veces, y él me ha dado un hueso con carne. Nunca muerdo a esos dos.

—Pero, ¿qué son? —preguntó el Hombre de Nieve.

—Son amigos —respondió.

—¿Son el mismo tipo de seres que tú y yo? —preguntó el Hombre de Nieve.

—Bueno, pertenecen a la misma casa —dijo el perro de jardín—. Ciertamente, las personas que nacieron ayer saben muy poco. Puedo ver eso en ti. Tengo edad y experiencia. Conozco a todos en la casa.

El perro continuó:

—Te diré, antes me querían mucho. Me acostaba en una silla tapizada en terciopelo en la casa y me acariciaban.

Me besaban la nariz y me limpiaban las patas con un pañuelo, y me llamaban 'Ami, querida Ami, dulce Ami'. Pero después de un tiempo crecí demasiado para ellos, y me enviaron a la habitación del ama de llaves. Puedes mirar dentro de la habitación desde donde estás parado. Realmente era una habitación más pequeña que las de arriba, pero yo estaba más cómodo. Tenía mi propio cojín, y había una estufa, es lo mejor del mundo en esta estación del año. Solía meterme debajo de la estufa y acostarme completamente debajo de ella. Ah, todavía sueño con esa estufa. ¡Agua, agua!

—¿Se ve hermosa una estufa? —preguntó el Hombre de Nieve— ¿se parece en algo a mí?

—Es justo lo contrario a ti —dijo el perro—; es tan negra como un cuervo, y tiene un cuello largo y una perilla de bronce; come leña, de modo que el fuego sale a borbotones de su boca. Puedes verla por la ventana, desde donde estás.

Entonces el Hombre de Nieve miró, y vio una cosa brillante y pulida con una perilla de bronce, y fuego brillando en la parte inferior de la misma. El Hombre de Nieve sintió que le invadía una sensación bastante extraña; era muy extraño, no sabía lo que significaba.

—Entonces, ¿por qué te fuiste? ¿Cómo pudiste renunciar a un lugar tan cómodo?.

—Me echaron —respondió el perro de jardín—. Me encadenaron aquí arriba. Yo había mordido al hijo menor en la pierna, porque pateó el hueso que estaba royendo. 'Hueso por hueso', pensé; pero estaban tan enojados, y desde entonces he estado atado con una cadena. ¿No

oyes lo ronco que estoy? ¡Agua, agua! Ya no puedo hablar como los otros perros.

Pero el Hombre de Nieve ya no escuchaba. Estaba mirando la habitación del ama de llaves; donde estaba la estufa sobre sus cuatro patas de hierro. Parecía del mismo tamaño que el propio Hombre de Nieve.

—Qué extraño crujido siento dentro de mí —dijo—. Quiero sentarme junto a la estufa. Debo entrar allí y apoyarme en ella, incluso si tengo que romper la ventana.

—Nunca debes entrar allí —dijo el perro de jardín— porque si te acercas a la estufa, te derretirás, te derretirás.

—Será mejor que me vaya —dijo el Hombre de Nieve— porque creo que ya me estoy rompiendo.

Durante todo el día el Hombre de Nieve se quedó mirando por la ventana, y en la hora del crepúsculo la habitación se volvió aún más acogedora, porque de la estufa salía un suave resplandor, no como el sol o la luna, no; solo la brillante luz de una estufa que ha sido bien alimentada. Cuando se abrió la puerta de la estufa, las llamas salieron disparadas de su boca. La luz de las llamas caía directamente sobre el rostro del Hombre de las Nieves—. ¡Guau! —dijo— ¡Qué hermoso que se ve!

Por la mañana, los cristales de las ventanas de la habitación del ama de llaves estaban cubiertos de hielo. Eran las flores de hielo más hermosas que el Hombre de Nieve había visto en su vida, pero ocultaban la estufa. Los cristales de las ventanas no se descongelaron y no podía ver la estufa, que se imaginó para sí como si hubiera sido un ser humano encantador. La nieve

crepitaba y el viento silbaba a su alrededor; era justo el tipo de clima helado que un Hombre de Nieve podía disfrutar a fondo. Pero no lo disfrutó; ¿cómo, de hecho, podría disfrutar de algo cuando estaba enfermo de la estufa?

—Esa es una enfermedad terrible para un hombre de nieve —dijo el perro de jardín—. Yo mismo lo he sufrido, pero lo superé. Agua, agua —ladró y luego agregó— el tiempo va a cambiar.

Y el clima cambió; empezó a descongelarse. A medida que aumentaba el calor, el Hombre de Nieve disminuía. No dijo nada y no se quejó. Una mañana se rompió y se hundió por completo. Y donde había estado, quedó un palo de escoba clavado en el suelo. Era el poste alrededor del cual los muchachos lo habían construido.

—Ah, ahora entiendo por qué tenía tanta añoranza por la estufa —dijo el perro—. La pala que se usa para limpiar la estufa está sujeta al poste. El Hombre de Nieve tenía un raspador de estufa en su cuerpo; eso era lo que lo conmovía tanto. Pero ahora todo ha terminado. Agua, agua.

Y pronto pasó el invierno.

—Agua, agua —ladró el perro de jardín ronco.

Y ya nadie pensó en el Hombre de Nieve.